

Identidad Cultural en tiempos de globalización. Notas para un estudio desde la vigencia del pensamiento de Leopoldo Zea

Lic. Odalys Medina Hernández.
Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas.
Universidad de Cienfuegos "Carlos Rafael Rodríguez".
e-mail: omedina@ucf.edu.cu

"Crear es la palabra de pase de esta generación"

José Martí Pérez

Resumen

Una de las aberraciones que trae consigo esta época globalizada, es la explicación del mundo a partir de una identidad única, donde quedan barridas las historias regionales y nacionales, los procesos colectivos e individuales de hombres y mujeres que construyen sus memorias y realidad social; y se dan recetas culturales hegemónicas que derivan en la pérdida de valores, símbolos socioculturales auténticos de los pueblos, que absorbidos o desplazados a un plano inferior, no cuentan dentro del poder económico internacional.

Pudiera pensarse que no hay otros caminos y justificar el fatalismo de la predestinación. Sin embargo, América se ha ido revelando hasta convertirse en este siglo en uno de esos paradigmas claves para entender y constatar en la práctica, la defensa de lo genuino y válido de las culturas, desde regiones como Cuba, Venezuela, Bolivia y en la historia personal de los muchos que han construido y peleado por la libertad de la humanidad. De forma particular, este trabajo hará referencia a la manera en que es reflejada y asumida la problemática de la identidad cultural desde las Ciencias Filosóficas, específicamente, desde el pensamiento latinoamericano y en uno de los más grandes filósofos mexicanos: Leopoldo Zea.

“Identidad Cultural en tiempos de globalización. Notas para un estudio desde la vigencia del pensamiento de Leopoldo Zea”

Ante el prisma de una época denominada por muchos como Postmoderna y reconociendo los peligros y amenazas que ello implica para la humanidad, se ha de reflexionar sobre la importancia que adquieren los enfoques y perspectivas que visualizan los procesos y estudios de identidad cultural, en días donde se profundizan las infranqueables brechas entre países del llamado primer mundo y otros que no encontrarían clasificación.

Una de las aberraciones que trae consigo esta época globalizada, es la explicación del mundo a partir de una identidad única, donde quedan barridas las historias regionales y nacionales, los procesos colectivos e individuales de hombres y mujeres que construyen sus memorias y realidad social; y se dan recetas culturales hegemónicas que derivan en la pérdida de valores, símbolos socioculturales auténticos de los pueblos, que absorbidos o desplazados a un plano inferior, no cuentan dentro del poder económico internacional.

Pudiera pensarse que no hay otros caminos y justificar el fatalismo de la predestinación. Sin embargo, América se ha ido revelando hasta convertirse en este siglo en uno de esos paradigmas claves para entender y constatar en la práctica, la defensa de lo genuino y válido de las culturas, desde regiones como Cuba, Venezuela, Bolivia y en la historia personal de los muchos que han construido y peleado por la libertad de la humanidad. De forma particular, este trabajo hará referencia a la manera en que es reflejada y asumida la problemática de la identidad cultural desde las Ciencias Filosóficas, específicamente, desde el pensamiento latinoamericano y en uno de los más grandes filósofos mexicanos: Leopoldo Zea.

Conviene reiterar de nuevo que el discurso filosófico de Zea busca trascender su circunstancia profundizando en sus últimas consecuencias. Sigue, por tanto, un camino inverso al que nos tenía acostumbrados el pensamiento europeo. Desde sus orígenes griegos, el pensamiento occidental ha buscado con predilección un significar universal eliminando la referencia explícita a la problemática circunstancial que en un principio lo hacía posible. Dentro de este contexto filosófico europeo, la historia iberoamericana se presentaba como la historia de fracasados intentos de solucionar sus problemas con las mismas reflexiones filosóficas con las que el europeo solucionaba los suyos. Se había llegado así a creer en la incapacidad del iberoamericano y a afirmar, como lo hace el venezolano Carlos Rangel, todavía en 1976, que "lo más certero, veraz y general que se pueda decir sobre Latinoamérica es que *hasta hoy ha sido un fracaso*" (*Del buen salvaje al buen revolucionario*, p. 21). Esto da lugar a hablar del "pecado original de América" (H. A. Murena, 1965), o sea, del americano como un ser expulsado de una tierra espiritualizada que es Europa; o a afirmar que el iberoamericano es un "reiterado *no-ser-siempre-todavía*" (E. Mayz Vallenilla, 1969). El pensamiento de Zea dialoga con este contexto, que él interpreta desde una perspectiva iberoamericana. Su posición puede resumirse con las siguientes palabras de *América como conciencia* (1953): "El origen de nuestros males está en el hecho de querer ignorar nuestras circunstancias, nuestro ser americanos. Nos hemos empeñado, erróneamente, en ser europeos cien por ciento. Nuestro fracaso nos ha hecho sentirnos inferiores, despreciando lo nuestro por considerarlo causa del fracaso" (p. 60).

Zea propone que el iberoamericano deje de ejercer la filosofía como oficio —el filosofar como fin; filosofar sobre las reflexiones europeas—, para enfocar el filosofar como tarea —buscar

soluciones a la problemática que su circunstancia le impone—. Desde su estudio programático de 1942, "En torno a una filosofía americana," Zea señala que "nuestra posible filosofía debe tratar de resolver los problemas que nuestra circunstancia nos plantea" (p. 44). Parte de la circunstancia americana es su pasado, pues la historia configura y perfila al ser humano. Su recuperación será ya en sí misma parte de un discurso filosófico iberoamericano. Zea evoca a Gaos cuando afirma categóricamente en *La filosofía en México* (1955), que "americana será la filosofía que americanos, es decir, hombres en medio de la circunstancia americana, arraigados en ella, hagan sobre su circunstancia, hagan sobre América" (p. 205).

En 1952, en *Conciencia y posibilidad del mexicano*, Zea elabora más este proceso de buscar la universalidad a través de la propia circunstancia. Los mexicanos, nos dice, "nos sabemos, como todos los pueblos de esta América, poseedores de una serie de experiencias humanas originales cuyo análisis podría ir formando los perfiles de un aspecto de lo humano que, posiblemente, no ha sido todavía captado por filosofía alguna" (p. 22). Lo mexicano surge así no como una meta, sino como un medio para captar al ser humano. El discurso filosófico de Zea sobre lo mexicano, contaba además con un precedente notorio. Me refiero a la pintura muralista, que a través de Rivera, Orozco y Siqueros, principalmente, había articulado ya un discurso mexicano que transcendía por primera vez sus fronteras geográficas. La pintura muralista, como propone ahora Zea para el discurso filosófico, se articula en diálogo con su circunstancia, y la trasciende profundizando en ella. En la circunstancia mexicana —precolombina y colonial— no busca el pintor muralista lo folclórico sino el referente humano. Al recuperar el pasado, recupera la dignidad humana, y al plasmarlo en el contexto de su presente, articula también una dimensión, como diría luego Zea, inédita del ser humano, que como tal trasciende en sentido universal.

La misma circunstancia establece ahora la "tarea" del filósofo iberoamericano. Los iberoamericanos, señala Zea en 1953, en *América como conciencia*, "debemos empeñarnos en dar soluciones a *nuestros* problemas en forma semejante a como los filósofos clásicos se ha empeñado en dar solución a los problemas que su mundo les fue planteando" (p. 15). Gran parte de la obra de Zea durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, así como sus trabajos de coordinación y difusión están encaminados a la recuperación iberoamericana de su circunstancia. Zea hacía depender de esta recuperación, con acierto según resultó después, la identificación y toma de conciencia de una problemática propia.

La filosofía de las circunstancias que propone Zea en esta primera etapa es, por tanto, un modo original de aproximarse al referente humano; las circunstancias no importan tanto en cuanto americanas, sino en cuanto comprometen a un ser humano viviendo en América. Zea insiste que el hombre se encuentra siempre situado en una determinada circunstancia y que ésta se presenta igualmente como problema; en último término, el discurso filosófico trata de resolver los problemas de "la circunstancia llamada humanidad." Así, en 1953, con una reflexión que definirá después a la filosofía de la liberación, Zea señala en *América como conciencia*, que "la filosofía no se justifica por lo local de sus resultados, sino por la amplitud de sus anhelos. [Y] una filosofía americana no se justificará como tal por lo americano, sino por la amplitud del intento de sus soluciones" (p. 45).

Zea no desliga completamente la circunstancia iberoamericana de la europea; al contrario, siente a Iberoamérica como extensión de la cultura occidental y en este sentido con un papel pivotal en una proyección global de la cultura occidental. Por otra parte, la crisis de los valores europeos, que parecía culminar en el conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial, no se debía, según Zea, a los valores mismos, sino al modo como éstos se articulaban. El occidental parecía basar su liberación en la opresión de los demás pueblos. Y ésta es precisamente, como veremos más adelante, la problemática fundamental que surge de la recuperación del pasado iberoamericano: desde su primer contacto con el europeo, el americano tuvo que justificar su humanidad —la

polémica Las Casas-Sepúlveda—; y de esta toma de conciencia surge igualmente una primera problematización del discurso filosófico occidental.

La formulación inicial de Zea de un discurso filosófico iberoamericanista, adquiere precisión y madurez, sobre todo a partir de la década de los cincuenta, a través de una prolongada polémica de dimensión continental (en ella participaron tanto filósofos estadounidenses como iberoamericanos).

En el proceso de recuperación del pasado iberoamericano, Zea reafirma la percepción que los líderes de la independencia política habían ya expresado a comienzos del siglo XIX. Europa, España, para imponer y mantener su dominación colonial había impuesto un orden político, un orden social y un orden mental, que conformaba a la población en las colonias con los deseos de la metrópoli. Pero al problematizar las estructuras que hicieron posible el orden colonial, Zea encuentra otras expresiones de dominación que poco a poco colocan en su centro al ser humano como problema. Zea coincide con los intelectuales de la independencia en que antes de poder transformar el orden político o social, es necesario "transformar a sus hombres"; pero Zea, y en esto su partir radical y la proyección fecunda que impone su pensamiento, no nos habla sólo del "hombre iberoamericano," sino también —y especialmente— de la expresión de humanidad que hacía posible al colonizador.

Zea confronta desde estos presupuestos el pensamiento europeo en *El Occidente y la conciencia de México* (1953). El libro está dedicado a Arnold Toynbee y se inicia con un extenso epígrafe de su obra clave (*Estudio de la historia*, 1934-1954). La cita de Toynbee, de un europeo, resume con precisión la problemática que Zea había ya identificado; el texto de Toynbee comienza con las siguientes palabras: "Cuando nosotros los occidentales llamamos a ciertas gentes 'indígenas' borramos implícitamente el color cultural de nuestras percepciones de ellos. Son para nosotros algo así como árboles que caminan, o como animales selváticos que infestaran el país en el que nos ha tocado toparnos con ellos. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local, y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras." El discurso filosófico de Zea surge, pues, paralelo y en diálogo con la deconstrucción que el europeo empieza a hacer de su propio pasado. Zea confronta el modelo de humanidad que acompaña el desarrollo de Occidente, y en ello fundamenta su filosofía de la liberación.

Una vez que se ha identificado el círculo opresor que se constituía al basar la liberación en nuevas formas de dominación, Zea puede ahora articular los objetivos de un discurso liberador. El primer paso es el de superar el modelo de trascendencia tradicional de la filosofía. La universalización no se va a conseguir en el discurso liberador a través de la imposición del propio centro; se universaliza al hacer del referente humano el centro de la reflexión: "No podemos ya hablar de una filosofía americana a la manera como ayer los filósofos europeos hablaban de una filosofía universal... francesa, inglesa o alemana. Esto es, no se trata ya de formar nuevos estancos con la doble pretensión de originalidad y universalidad. No se trata de hacer otra filosofía que, al igual que otras en el pasado, haga de sus problemas y soluciones los únicos problemas y soluciones del hombre, de todos los hombres. Esto es, no se trata de elevar al hombre de América y sus experiencias a la categoría de paradigma de lo humano" (*La esencia de lo americano*, p. 52).

Precisamente el discurso liberador parte de la toma de conciencia de que no puede ser ni dominador ni dominado. Se necesita, nos dice Zea, partir de un principio dialógico que se reconozca en la diferencia. Es decir, ante la diferencia no se sigue la negación —punto de arranque distintivo de la filosofía tradicional—, sino un concepto de lo humano que reconoce lo diferente como la esencialidad misma de lo humano. La posición de Zea es radical al establecer la igualdad en la diferencia. Es también una superación del dilema posmoderno que al descubrir la diferencia se pierde en ella incapaz de articular un discurso dialógico. Zea hace de la diferencia el punto de partida que le permite identificarse como ser humano: "Ningún hombre es

igual a otro y este ser distinto es precisamente lo que lo hace igual a otro, ya que como él posee su propia e indiscutible personalidad"

Puede decirse, finalizando estas reflexiones, que a partir de los trabajos sobre Identidad cultural realizados por estas autoras, dentro del contexto cubano, latinoamericano y caribeño actual y lejos de las escuelas de pensamiento que apuntan hacia el fin de la historia y la cultura y lo identitario, se hace necesario difundir y crear proyectos culturales propios, ese, es el camino de los pueblos ante los destinos que les reservan los imperios económicos contemporáneos, que se saben fuertes y poderosos. Enfrentar los modelos hegemónicos es la lucha de todos y de forma especial la de América Latina, que debe proteger su herencia patrimonial y por ende, su originalidad latinoamericana, para salvar y salvarse...

Referencias Bibliográficas

Delgado, A. (2001). *El discurso filosófico y la identidad. Filosofía y sociedad*. La Habana:Editorial Félix Varela.

Torres, C. (2003).*El cubano de hoy: Un estudio psicosocial*. La Habana:Ediciones. Fundación Fernando Ortíz.

García, M.(2000) *Pensamiento y Tradiciones Populares: estudios de identidad cultural cubana y latinoamericana*. La Habana: Edición financiada por el Fondo de Desarrollo de la Educación y la Cultura.

Moya, N. (2002). *Impacto de la tecnología en la identidad cultural*. Estudio de caso en la región de Cienfuegos. Memoria para optar al Título de Filósofo, Universidad de la Habana , Ciudad de la Habana, Cuba.